

La amenaza relativista en historia

Ciencia y relato

Elena Yeste Piquer
Universidad Ramon Llull

“¡Facta! ¡Sí, facta ficta! – *Un historiador no tiene que tratar de lo que de verdad ha ocurrido, sino sólo de los sucesos supuestos: porque únicamente éstos han **tenido** efecto. Lo mismo sólo de los héroes supuestos. Su tema, la así llamada Historia universal, son opiniones sobre supuestas acciones y sus supuestos motivos, que a su vez dan lugar a opiniones y acciones, cuya realidad se evapora inmediatamente y tiene sólo el efecto del vapor, un engendramiento y una gestación continuos de fantasmas sobre las profundas nieblas de la realidad inescrutable. Todos los historiadores hablan de cosas que nunca han existido excepto en la imaginación*” (F. Nietzsche, 1999, p. 244).

1. Introducción

A finales del siglo XX, el énfasis que se ha puesto en la Historia como expresión típicamente literaria ha sido desmesurado. La tendencia actual es a considerar que todo, absolutamente todo, se reduce al lenguaje, y que el discurso histórico es tan sólo una de sus posibles manifestaciones. Poco a poco, en el contexto de una ya inevitable hiperfragmentación narrativa, de una filosofía de la Historia plenamente epistemológica se ha pasado a una de carácter narrativista, que, llevada al extremo por los teóricos del llamado postmodernismo, ha despojado la disciplina de valores tradicionalmente tan preciados por la comunidad historiográfica como el científicismo, la objetividad y hasta la misma noción de verdad. En contrapartida, como decíamos, se ha destacado, sobremanera, el carácter poético y lingüístico de la Historia. Lo reconocía Lawrence Stone en un artículo publicado en la revista *Past and Present*: los historiadores han renunciado a la búsqueda de explicaciones científicas coherentes (1979). En este sentido, Agustí Colomines y Vicent S. Olmos se hacían eco de las palabras de R. G. Collingwood, para quien la Historia era, simplemente, “la recreación del pasado en la mente del historiador”, de forma que “la obra del historiador solamente difiere de la del novelista en la medida en que la imagen creada por el historiador es considerada verdadera” (1998, p. 19). En consecuencia, la diferencia básica entre Historia y ficción es la verdad.

¿Y qué es la verdad? ¿O mejor aún, qué propósito esconde la verdad? Tzvetan Todorov alegaría que la búsqueda del bien (2000, pp. 48-49). ¿Y el bien? El bien es subjetivo.¹ Y como tal, por definición, es problemático. Por esta razón, son muchos quienes, desengañados del “escepticismo metodológico” de la Historia, han terminado por refugiarse en el “escapismo narrativo” (J. Fontana, 1992, p. 23), argumentando junto a Paul Valéry que “no hay razón para

¹ Y es que “historiadores diferentes, con objetivos y convencimientos morales diferentes, podrían escribir historias diferentes” (A. C. Danto, 1989, p. 89).

distinguir” entre los autores de Historia y de ficción, entre “los testimonios auténticos y los imaginarios”, y que, tal y como concluye Todorov, “las razones que nos inducen a declarar a los unos más verdaderos que a los otros no tienen que ver con la veracidad de sus relatos”, sino con su “verosimilitud”, por lo tanto, con el “efecto de verdad” y de realidad, en lugar de con “aquello que es real y la verdad en sí mismas” (1993, p. 119).² En la obra titulada *Clio, a Muse*, George Macaulay Trevelyan esgrimía una defensa parecida del narrativismo: “La Historia no puede ser científica en el sentido pleno de la palabra, porque es imposible para los historiadores descubrir causas”, ya que la Historia “es una conjetura imaginativa de las generalizaciones más aproximadas”, que entraña un valor “educativo” y “no científico” (R.T.Vann, 1998, p. 108). De ahí el sentido de la afirmación de Nietzsche según la cual los historiadores “hablan de cosas que no han existido nunca excepto en la imaginación” (1999, p. 244).

El debate entre Historia y ficción es antiguo. Con todo, no fue hasta el siglo XIX, más conocido como el “siglo de la Historia”, cuando el género histórico se profesionalizó, “al dotarse de un método con sus reglas, sus ritos, unas formas particulares de entronización y de reconocimiento”. En este preciso momento, los historiadores de la escuela metódica se convirtieron en “científicos puros y duros” y anunciaron una “ruptura radical con la literatura” (F.Dosse, 2001, p. 27). Pero, a finales del siglo XX, la posmodernidad irrumpe en la disciplina, cuestionando nuevamente los límites entre ciencia y relato. Y dado que, para los narrativistas, cualquier texto tiene un interés narrativo, se llega al punto de que resulta prácticamente imposible “distinguir los escritos basados en hechos históricos o documentales de los basados en episodios imaginarios, ficticios o simulados” (X.Godàs, 1998, p. 95). Se acaba, de esta manera, con la distinción epistemológica entre verdad y mentira:

“Parece que la historiografía, que quería apropiarse de paradigmas, métodos y teorías de otras ciencias sociales (...) se haya quedado sin hilo conductor propio y que incluso haya renunciado a la reivindicación del estatus de ciencia, que tan trabajosamente había conquistado años atrás. Y esto, cuando precisamente las ciencias “duras tradicionales” se han liberado humildemente —¿o orgullosamente?— de las cotillas y los certificados de buena conducta que las encarcelaban, reivindicando a la vez objetivismo y subjetivismo, el orden y el caos, la disciplina y la anarquía, la intuición y la racionalidad” (F.Espinete, 2000, p.146).

A continuación, proponemos analizar cuáles son los argumentos de que se sirven dos de los máximos exponentes de lo que conocemos como el giro lingüístico, el francés Paul Veyne y el norteamericano Hayden White. Ambos autores han presentado la Historia como una trama narrativa y, de esta manera, han subrayado el valor de la Historia como relato, inclusive como “artificio literario”, por encima de su definición como ciencia. De hecho, la difuminación existente entre Historia y ficción del primer White del año 1973, en su polémica obra titulada *Metahistoria*, es fundamental para entender la influencia del relativismo en la disciplina que nos ocupa, la Historia. Asimismo, examinaremos las tesis de Paul Ricoeur, que si bien aboga por una filosofía de la Historia narrativista, no por ello asume sus tesis más radicales, tesis que consideramos, junto con el profesor Carlos Antonio Aguirre, como uno de los siete pecados capitales del *Antimanual para el mal historiador*: el pecado capital del posmodernismo en Historia, en opinión del citado autor un “abuso ilegítimo” (2007, p. 43), que deriva en “posiciones abiertamente relativistas y hasta agnósticas” (2007, p. 41).

2. Paul Veyne: “¿es la historia una ciencia? ¡Inútil discusión!”

En pleno apogeo de la Historia cuantitativista, a principios de los años setenta, aparece en el panorama historiográfico una obra que marcará un antes y un después en los debates epistemológicos de tanto historiadores como filósofos de la Historia. Se trata de *Cómo se escribe la Historia*, de Paul Veyne. El prólogo de la obra arranca de esta guisa: “La Historia no existe; sólo existen “historias de...””. “La Historia no tiene método, pero tiene una crítica y sobre todo una tópica. Los “hechos” no existen; sólo existen intrigas”, nos recuerda Veyne, citando a Aristóteles, para quien la Historia era, en primer lugar, el establecimiento de una intriga. “¿Es necesario que [la

² Ver también Valéry, P.: *Regards sur le monde actuel*, París: Gallimard, 1962.

Historia] devenga más científica?"; "¿Es la Historia una ciencia?", pregunta el autor. Su respuesta es negativa en ambos casos: "La Historia no es una ciencia y nada tiene que esperar de las ciencias; la Historia no explica y no tiene método". Más aún, Veyne afirma que "la Historia de que tanto se ha hablado desde hace dos siglos, no existe" (1972, pp.5-6). Sin embargo, la lucha personal de Veyne es única y exclusivamente contra la ciencia, y esto es importante de señalar porque, con todo, Veyne no cae en el relativismo más desacomplejado que propone Hayden White.

Y aunque sostiene que la Historia es casi tan "anecdótica" como la novela, ya que considera que si la Historia tiene algún interés es por aquello que cuenta y por cómo lo cuenta – como sucede con la buena literatura–, Veyne advierte que el historiador no es ni un "coleccionista" ni un "esteta". Porque aquello que realmente le interesa es la verdad, y si hay algo que permite diferenciar entre la Historia y la buena literatura es que se trata de un relato configurado a partir de hechos verdaderos (P.Veyne, 1972, p. 21); en el campo de la literatura, no es condición *sine qua non* que los hechos sean auténticos, sino que, más bien, la autenticidad del relato y de sus personajes es prácticamente irrelevante.

Veyne se muestra beligerante contra los intentos positivistas de otorgar un reconocimiento científico a la disciplina, como hace la historiografía marxista. La mirada de Veyne es la misma que ofrece Karl Popper en *Miseria del historicismo*. Considerar lo que son simples "interpretaciones" como teorías inamovibles: esta es la principal crítica que dirige Popper contra el historicismo. Como argumenta Veyne, "es posible interpretar la Historia como una Historia de la lucha de clases, de la lucha de razas por la supremacía, o como la Historia del progreso científico y industrial", ya que "todos estos puntos de vista son más o menos interesantes y, como puntos de vista, totalmente irreprochables" (1972, p. 43). Pero los historicistas tienden a creer que su punto de vista es el único, en lugar de uno más entre los posibles, y "una ciencia que insiste en poseer el único método correcto y los únicos resultados aceptables es ideología" (P.Feyerabend, 2006, p. 303).

Como alternativa al historicismo y a aquellos historiadores que apuestan por una objetividad "imposible", Veyne propone el regreso a la noción de "trama", definida por Paul Ricoeur como "el arte de contar y seguir una historia", del principio hasta el final, en detrimento de las pretensiones de científicidad de no pocos historiadores. Para Veyne, la Historia es una "obra de arte" y el valor de un libro de Historia "dependerá de cómo se perfile su trama, de la unidad de acción que conlleva, de la desenvoltura con que se haya sabido descomponer dicha unidad en una exposición más tradicional; en suma, de su originalidad. Ya que la Historia no es una explicación científica, sino comprensión de aquello concreto". Una trama comprensible será, pues, una trama "coherente" (P. Veyne, 1972, p. 289). No obstante, a pesar de la "elegante intervención" de Veyne, "las críticas contra el retorno a la narración no han cesado; bien al contrario, han aumentado". Se ha dicho que el uso de la narración era "una coartada para introducir valores ilegítimos en el estudio del pasado, y que la ausencia de teoría mutilaba el principio según el cual la Historia es la principal arma de la revolución" (J. E. Ruiz-Domènec, 2006, p. 32). Lo cierto es que la Historia es siempre narrativa, pues "la narración simula aquello que ha sucedido en el pasado", y solamente a partir del relato podemos conocer "cómo y por qué sucedió tal cosa" (J. E. Ruiz-Domènec, 2006, p.54).

3. Hayden White: la historia como artificio literario

El mérito de Hayden White en su *Metahistoria* es la aportación de un método de análisis alternativo de la obra histórica desde el punto de vista del análisis de su lenguaje. La metahistoria se convierte, de este modo, en una especie de historicismo "estético". Lejos de analizar la capa superficial del discurso histórico, White propone un nuevo ángulo de estudio a partir de un "contenido estructural profundo" de naturaleza poética, que sirve como "paradigma metahistórico" de la interpretación en Historia. White hace referencia a un "nivel profundo de conciencia" esencialmente "poético" y, en consecuencia, creativo. Mediante la revisión de textos de célebres historiadores como Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt, y el estudio de filósofos de la Historia del siglo XIX como Hegel, Marx, Nietzsche y Croce, se propuso analizar los diferentes "estilos historiográficos" existentes. Para White, el historiador elabora una "estrategia conceptual"

con el fin de provocar un determinado “efecto explicatorio” (2001, pp. 9-10) y de darse a entender de la manera más atractiva y directa posible.

White encontró en todas las teorías “científicas” de la historiografía del siglo XIX los vestigios de una supuesta base poética e identificó las tres estrategias fundamentales con que trabaja el historiador para dar forma a su discurso: la argumentación formal, la trama y la implicación ideológica. Para White, la trama es el elemento decisivo que acerca la Historia a la ficción imaginativa: “Con frecuencia, se dice (...) que la diferencia entre Historia y ficción reside en el hecho de que el historiador “encuentra” sus relatos, mientras el escritor de ficción se los “inventa”. Esta concepción de la tarea del historiador, no obstante, oculta la medida en que la “invención” desarrolla un papel esencial en las operaciones del historiador” (H. White, 2001, p. 18).³

Cuatro son las formas o arquetipos estilísticos que puede adoptar la trama, según la clasificación de Northrop Frye asumida por White: el romance o novela, la tragedia, la comedia y la sátira.⁴ El autor destaca, asimismo, cuatro formas explicativas básicas de la argumentación histórica (el formismo, el organicismo, el mecanicismo y el contextualismo) y diferentes posicionamientos de implicación ideológica, entre los cuales el anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo, de acuerdo con la sistematización de Karl Mannheim. Sostiene White que existen, además, cuatro tipos de conciencia histórica, correspondientes a los tropos del lenguaje poético: la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía.⁵ Con la formulación de la teoría de los tropos de White, “las categorías para analizar las diferentes formas de pensamiento, representación y explicación presentes en campos no científicos, como la historiografía, los encontraremos en las modalidades del propio lenguaje poético” (2001, p. 40). Es en este sentido que Hayden White identifica la Historia con las características más relevantes del lenguaje poético, dejando de lado la epistemología del discurso histórico, asentada en los criterios de verdad y objetividad inherentes a la ciencia. Pero, al unir Historia y ficción, forjó un segundo vínculo: el vínculo de la unión entre la Historia y la literatura (P. Ricoeur, 1987, pp.273-274). Para Enzo Traverso, este fue precisamente el gran error de White: “Confundir la narración histórica con la ficción histórica (la invención literaria del pasado)” (2006, p. 90). Especialmente, cuando, en una obra posterior del 1978, titulada *Tropics of Discourse*, definió la Historia como una *fiction-making operation*, es decir, como un artificio literario.

La teoría de White debía hacer frente a dos tipos de resistencia, tal y como aventuró Paul Ricoeur: por un lado, “de los historiadores que postulan que el corte epistemológico entre la Historia y la narración tradicional y mítica aleja a la primera del círculo de la ficción” y, en segundo lugar, “de los críticos literarios, para quienes la distinción entre aquello imaginario y real está fuera de duda” (P. Ricoeur, 1987, p. 276). Sin embargo, entre 1973, cuando publicó su primera obra, y 1992, año en que escribió *El contenido de la forma*, White matizó algunos aspectos esenciales de su teoría metahistórica: “Aquello que diferencia a las historias “históricas” de las “ficciones” es su contenido, en lugar de su forma. El contenido de las historias históricas son los hechos reales, hechos que sucedieron realmente, no hechos imaginarios, inventados por el narrador”. Hayden White dibujó, de esta manera, una gran línea divisoria entre el contenido y la forma, y limitó así la aproximación poética del historiador a la forma, y no al contenido, que es la cuestión que más críticas había suscitado su *Metahistoria*. De definir la Historia como un artificio literario pasó a afirmar que “la imaginación es peligrosa para el historiador”, aunque “opera en la última etapa de su actividad, cuando resulta necesario componer un discurso narrativo en el que representar sus descubrimientos” (H. White, 1992, p. 85). Es lo que White define como “el estilo” del historiador. El White de 1992 constata que un relato verdadero es “menos el producto del talento poético del historiador, tal y como se concibe la presentación narrativa de los acontecimientos imaginarios, que el resultado necesario de una correcta aplicación del método histórico” (1992, pp. 42-43). No

³ Asimismo, para Roland Barthes, el discurso histórico es, en esencia, “una forma de elaboración ideológica, o para decirlo con más precisión, una elaboración imaginaria” (J. I. Álvarez Fernández, 2007, p. 48)

⁴ Huelga decir que en los diferentes capítulos de su *Metahistoria*, White caracteriza el realismo histórico de Michelet como romance, el de Ranke como comedia, el de Tocqueville como tragedia y el de Buckhardt como sátira.

⁵ White califica la defensa “filosófica” de la Historia de Marx como metonímica, la defensa “poética” de Nietzsche como metafórica y la defensa de la Historia de Croce como irónica.

obstante, la afirmación es al menos sorprendente cuando años antes había insistido en el carácter “protocientífico” de la empresa historiográfica.

Toda ciencia se fundamenta en un método de trabajo. Pero, según la máxima de White de que “la Historia no es una ciencia”, la disciplina no poseería tampoco ningún método. ¿Cómo se entiende que en el año 1992 White se refiera a la aplicación de un “método científico” cuando previamente había asegurado que la Historia no era una ciencia? La contradicción del autor sobre esta cuestión es evidente. Por otra parte, el White de 1973 postulaba que “la Historia difiere de las ciencias porque los historiadores están en desacuerdo no solo sobre cuáles son las leyes de la causalidad social que podrían invocar para explicar determinada secuencia de sucesos”, sino también sobre la cuestión de la forma que debe tener una explicación “científica”, y añadía: “La Historia se encuentra en el mismo estado de anarquía conceptual que tenían las ciencias naturales durante el siglo XVI, cuando había tantas concepciones de la empresa científica como posiciones metafísicas existían” (2001, p. 23). No piensa lo mismo Thomas Kuhn, que, en su obra titulada *La estructura de las revoluciones científicas*, constata que aquello que distingue a la ciencia de la ficción imaginativa es la existencia de “un diálogo mantenido por una comunidad de investigadores que hablan un lenguaje común, pero no un lenguaje arbitrariamente escogido. Un diálogo parecido, mucho menos exacto, mucho más evasivo, pero de todas maneras regido por principios del discurso racional, también rige el trabajo de los historiadores” (Iggers, 1998, pp. 72-73).

4. Conclusión: entre ciencia y relato. Las tesis de Paul Ricoeur

El interés puesto en la dimensión poética de la Historia por Hayden White fue recibido con hostilidad por parte de la comunidad historiográfica tradicional. Los cimientos de la ciencia histórica estaban siendo cuestionados mientras se reducía la disciplina a prácticamente un nuevo género literario, y los historiadores veían así comprometidas la distinción entre “hecho y ficción”, “verdad histórica y mito”, como también amenazadas, más que nunca, las nociones de objetividad y consenso (I. Mudrovic, 2005, p. 75). Diferentes autores han calificado la aproximación textualista de White de “relativismo fácil e irresponsable”, en palabras de L. Gossman en *Between History and Literature* (en Mudrovic, 2005, p. 80), y han afirmado que “la tendencia a ver la Historia como narrativa es funesta y requiere corrección” (M. Mandelbaum, “A Note on History as Narrative”, *History and theory*, VI, 1967, p. 419, en A.Colomines y V.S.Olmos, 1998, p. 117). Para estos últimos, el narrativismo forma parte de una operación “de asalto” contra la disciplina histórica tradicional (es el caso de G. Himmelfarb, en “Telling it as you like it: postmodernist history and the flight from fact”, en K. Jenkins, 2005, p. 161). Sin embargo, para otros, como Keith Jenkins, el estudio de la obra de historiadores “modernos” como Edward H. Carr y Geoffrey Elton debe ser superado para dar cabida a autores de la nueva oleada posmoderna como Rorty y White (2006, p. 10).

Entre los detractores de White y Rorty encontramos, como señalábamos, a Gertrude Himmelfarb. Para la autora, los teóricos de la posmodernidad prescinden de cualquier metodología aplicada a los estudios históricos, y, con ello, progresivamente pretenden aniquilar las ideas de realidad y verdad. Lo cierto es que entre la Historia ficcional de White y la ficción histórica como género literario hay un abismo, pero, con la inoculación de las nuevas tesis narrativistas, la novela histórica se ha presentado como “alternativa a la Historia tradicional”, entendida como “una forma distintiva de hacer ficción, pero no de hacer Historia” (G. Himmelfarb, 2005, p. 165).

No hay duda de que, mientras el relativismo moderno estaba profundamente arrelado a la realidad, y se caracterizaba por un marcado “escepticismo” ante la verdad “absoluta”, la Historia posmodernista debe responder hoy ante múltiples verdades, “parciales” y “contingentes” (G. Himmelfarb, 2005, p. 158). De acuerdo con el relativismo posmoderno, la verdad pasa a ser “elusiva, polimorfa, interna, subjetiva”, confusa (E. Gellner, 1994, p. 39), y todos los puntos de vista “igualmente válidos y verdaderos” (T. Ibáñez, 2005, p. 44); cualquier intento de dar una explicación “verificable, documentada y precisa del tipo que sea” (E. Gellner, 1994, p. 45) es directamente aniquilado. Pero abandonar la pretensión de veracidad significa dejar el camino abierto “a todas las falsificaciones” y falsarios imaginables, que, “al traicionar el conocimiento, hieren la memoria” (R. Chartier, 1998, p. 103). En esta línea, Paul Feyerabend defiende que la tarea del científico no puede continuar siendo la búsqueda de la verdad (2006, p. 15). Para Feyerabend y

Rorty, ya no hay nada parecido a una esencia de verdad (R. Rorty, 1991, p. 57). Precisamente por ello es en el terreno de la ética donde se argumenta que el relativismo es “la peor de las opciones posibles. Una opción que abriría las puertas, de par en par, a la barbarie, a la ley de la selva y a la pura razón de la fuerza” (I. Ibañez, 2005, p. 48).

Por todo ello, hacemos nuestras las tesis de Paul Ricoeur recogidas en el primer volumen de *Tiempo y narración*. A caballo entre la ciencia y la narración, el autor evita caer en el camino sin salida que plantea el relativismo y, lejos de definir la Historia como una disciplina “ambigua”, “semiliteraria” y “semicientífica”, Ricoeur afirma que el saber histórico “procede de la comprensión narrativa sin perder nada de su ambición científica” (P. Ricoeur, 1987, pp. 169-170). En esta línea, Chartier presenta el discurso histórico como una “construcción desdoblada”, luego como un “discurso mixto que pretende enunciar un contenido verdadero (como el discurso lógico) bajo la forma de una narración (como la literaria)”. Y añade: “Al movilizar [los recursos retóricos de la obra literaria], la narración histórica establece un contrato enunciativo con su destinatario que es diferente al texto de ficción, ya que ha de persuadir al lector de la verdad de aquello que es enunciado” (R. Chartier, 1998, p. 103). En conclusión, la Historia es un discurso que “a su manera pone en acción las construcciones, las composiciones, las figuras de cualquier escritura narrativa, de la ficción, pues; pero al mismo tiempo es una práctica que produce enunciados científicos” (R. Chartier, 1998, p. 103). De aquí que el historiador pueda escribir de una manera más o menos literaria, pero en ningún caso librarse al vuelo imaginario de la literatura. Lo dijo Rorty:

“En nuestra cultura (...) se piensa que la ciencia ofrece la verdad “dura” y “objetiva”: la verdad como correspondencia con la realidad, el único tipo de verdad digna de este nombre. Los humanistas, por ejemplo los filósofos, teólogos, historiadores y críticos literarios, han de preocuparse de si están siendo “científicos”, de si tienen derecho a pensar que sus conclusiones, por minuciosamente que estén argumentadas, son dignas del término “verdadero”. Tendemos a identificar la búsqueda de la “verdad objetiva” con el “uso de la razón”, y consideramos las ciencias naturales como paradigma de la racionalidad” (R. Rorty, 1991, p. 57).

Realmente es necesario que continúe siendo así, porque la Historia no puede prescindir de su compromiso con la verdad. Y la verdad requiere pruebas, estudio, investigación. Es en este sentido que el autor de *The poetry of History*, Emery Neff, afirmaba que la Historia es “arte sumado a la investigación” (Vann, 1998, p. 108), y es que “el historiador no puede esquivar el problema del “traslado al texto” de su reconstrucción del pasado, pero también no podrá nunca, si quiere hacer de historiador, arracarla de su irreductible zócalo factual”. Precisamente, argumentaba Traverso que “en ello reside la diferencia entre los libros de Historia sobre el genocidio de los judíos y la literatura negacionista, porque las cámaras de gas han sido y son un hecho”, antes de que se convirtieran en “construcción discursiva” (2006, pp. 90-91).

Hay en la actividad historiográfica un principio implícito que el lector da por supuesto cuando tiene un libro de Historia entre las manos: “Cuando leemos un libro de Historia que sabemos que ha sido escrito por un historiador, creemos que los sucesos relatados sucedieron en una determinada fecha y lugar” (I. Mudrovic, 2005, p. 86). Ricoeur destacaba el valor de la interpretación como “el arte de comprender” aplicado “a los testimonios y los documentos, la característica distintiva de los cuales es la escritura”; la comprensión proporciona su “fundamento” y la interpretación “el grado de objetivación” (P. Ricoeur, 1999, p. 65). Así, como concluye Todorov, “no hay hechos, sino tan solo discursos sobre los hechos; en consecuencia, no hay verdad del mundo, sino solamente interpretaciones del mundo” (I. Todorov, 1993, p. 120). Aunque no todas las interpretaciones son igualmente válidas:

“No puede deducirse, del hecho de que una montaña parezca cobrar formas distintas desde diferentes ángulos, que carece de forma objetiva o que tiene objetivamente infinitas formas. No puede deducirse, porque la interpretación desempeña un papel necesario en la fijación de los hechos de la Historia, ni porque no sea enteramente objetiva ninguna interpretación, que todas las interpretaciones sean igualmente válidas y que en principio los hechos de la Historia no sean susceptibles de interpretación objetiva” (E. H. Carr, 1993, pp. 72-73).

Con todo, para Paul Ricoeur, la Historia no debe ser entendida como un “campo de batalla” entre “puntos de vista irreconciliables”. Por el contrario, todavía hay espacio para el “pluralismo crítico, el cual, aunque admite más de un punto de vista, no otorga a todos la misma legitimidad” (P. Ricoeur, 1987, pp. 211-212). Al pluralismo crítico de Ricoeur, Ruiz-Domènec le añade un importante reto: “La respuesta al reto del siglo XXI debe ser una Historia basada en una educación responsable, lejos del positivismo ciego, de la tentación dogmática y de los artificios de las modas lingüísticas que promueva un conocimiento del pasado en la línea argumentada por Tucídides “como ayuda para interpretar el futuro” (2006, pp. 101-102).

Bibliografía

- Aguirre, C. A.: *Antimanual del mal historiador*, Barcelona: Montesinos, 2007.
- Álvarez Fernández, J. I.: *Memoria y trauma de los testimonios de la represión franquista*, Barcelona: Anthropos, 2007.
- Colomines, A. y Olmos, V. S. (ed.): *Les raons del passat. Tendències historiogràfiques actuals*, Barcelona: Afers, 1998.
- Danto, A. C.: *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona: Paidós, 1989.
- Dosse, F.: *Història. Entre la ciència i el relat*, València: Universitat de València (UdV), 2001.
- Espinet, F.: “Història, narrativitat i gir lingüístic. Algunes consideracions”, *Anàlisi*, 25 (2000).
- Feyerabend, P.: *Tratado contra el método*, Madrid: Tecnos, 2006.
- Fontana, J.: *La història després de la fi de la història*, Vic: Eumo, 1992.
- Gellner, E.: *Posmodernismo, razón y religión*, Barcelona: Paidós, 1994.
- Godàs, X.: *Postmodernismo: La imagen radical de la desactivación política*, Barcelona: El Roure, 1998.
- Ibáñez, T.: *Contra la dominación. Variaciones sobre la salvaje exigencia de libertad que brota del relativismo y de las consonancias entre Castoriadis, Foucault, Rorty y Serres*, Barcelona: Gedisa, 2005.
- Jenkins, K.: *On 'What is History?'. From Carr and Elton to Rorty and White*, Nova York: Routledge, 2006.
- Mudrovic, M. I.: *Historia, narración y memoria. Los debates actuales en filosofía de la historia*, Madrid: Akal, 2005.
- Nietzsche, F.: *Aurora*, Barcelona: Alba editorial, 1999.
- Ricoeur, P.: *Tiempo y narración*, Madrid: Cristiandad, 1987, Vol. 1.
- Rorty, R.: *Objetividad, relativismo y verdad*, Barcelona: Paidós, 1991.
- Ruiz-Domènec, J. E.: *El reto del historiador*, Barcelona: Península, 2006.
- Stone, L.: “The revival of narrative. Reflections of a new Old History”, *Past and Present*, 85 (1979).
- Todorov, T.: *Las morales de la historia*, Barcelona: Paidós, 1993.

Todorov, T.: *Los abusos de la memoria*, Barcelona: Paidós, 2000.

Traverso, E.: *Els usos del passat. Història, memòria, política*, València: Universitat de València (UdV), 2006.

Veyne, P.: *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de Epistemología*, Madrid: Fragua, 1972.

White, H.: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós, 1992.

White, H.: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Méjico: Fondo de Cultura Económica, 2001.